

## Del rosa al amarillo

Si alguien de hace un par de siglos viniera a ver cómo vivimos, no creo que los aviones, ni los coches, ni los ordenadores, ni la televisión, ni aparato alguno le llamara tanto la atención como la prensa rosa, ese sarpullido que sólo es el síntoma de una grave enfermedad social. En ella, el exhibicionismo de algunos de los que salen y el voyeurismo de casi todos los que lo ven se juntan con la santificación absoluta del cotilleo y con la mentira, la difamación, el insulto y la calumnia de unos personajes absolutamente prescindibles que se llaman a sí mismos periodistas.

Como te coja de por medio una banda de malhechores, date por robado o por muerto. Pero al menos los malhechores se situarán al margen de la Ley y serán perseguidos, aunque sea con menos diligencia de la debida. Pero como te coja de por medio una banda de estos periodistas rosas, como por hache o por be tu vida venda y sea atractiva para lo más morboso de los morbosos ciudadanos de ahora, como se te ocurra tener un desliz en público, date por robado, por violado o por muerto en tu intimidad, en tu tiempo, en tus amistades, en tu familia, date por jodido en tu alma y en el alma de quienes te rodean, y que no se te ocurra protestar, porque entonces las alimañas vendrán en manada a devorarte con el argumento de que la culpa es tuya, pues si sales en público y tu vida es puesta tras un escaparate es porque eres una persona pública: no haberte puesto las tetas de silicona, no haberte bañado en top-less, no haber ganado aquel premio, no haber salido en aquella película, no haberte casado, etc.

Los hay que cobran por salir en las revistas, por supuesto, como también hay periodistas rosas que llevan con cierta elegancia eso del cotilleo, pero ni lo uno ni lo otro es lo normal, no nos engañemos, por más que lo uno y lo otro nos sea presentado como lo habitual por quienes se dedican a esa lucrativa actividad. Lo normal es que cualquier programa de televisión o de radio, por serio y formal que sea, tenga su apartado rosa y que en él se nos hable de la vida de otros sin pudor alguno, con la misma libertad que se habla de la guerra de los Balcanes o

de los debates parlamentarios, aunque con menos riesgo y, probablemente, con más dinero de por medio.

Y si la prensa rosa es la que más revistas vende, si en la radio y en la televisión hay programas vomitivos sobre las vidas ajenas, es porque el público lo demanda. Los individuos que forman esa cosa amorfa que es el público viven entretenidos viendo a los famosos por el ojo permanente que le ponen los periodistas. El público, que en su ignorancia asimila la fama a la ejecución de algo importante, cuando en estos tiempos lo normal debería ser asociar la fama a la estupidez, se siente confortablemente sentado y a salvo viendo el linchamiento moral de los personajes que desfilan ante sus ojos, con la creencia de que eso que le pasa a otros nunca le pasará a él. Craso error, claro, porque el amarillismo periodístico no se para ante nada ni ante nadie con tal de ganar audiencia, que es tanto como tal de ganar dineros, aunque estén llenos de mierda, aunque estén llenos de sangre, de forma que donde ven tajada ponen el foco, ya te pillen en bragas o –aún mejor para ellos– en cueros. Así podrán sacarte luego, por desconocido que seas, en uno de esos programas de entretenimiento que tienen tanta audiencia y consiguen tantos premios. Ellos se reirán con tus miserias y, con ellos, el público. Eso sí, a cambio te harán famoso, aunque tu gloria dure el tiempo que tarda el director del programa en dar de vientre.

Juan Bosco Castilla